

MIRET MAGDALENA

EL ODIO A LA INJUSTICIA

Acabo de venir de Tudela —la recia y noble población navarra—, donde la palabras ambiguas o las actitudes reservadas no gustan; sea cual

sea la ideología de base que se sustente. Y allí se ve este mismo proceso de cambio, de transformación, que —en el terreno religioso y profano— se está produciendo en toda España, aunque a algunos —sobre todo católicos situados, seglares o eclesiásticos— les cueste trabajo reconocerlo.

Tras dos conferencias y tres coloquios, que tuve en poco más de un día, he pensado mucho en una observación que un joven interlocutor me hizo al terminar mi segunda conferencia.

Su pregunta revelaba su admiración por el «Che» Guevara y quizá interpretó que mi réplica encerraba eso que se llama amarillismo y que algunos achacan al cristianismo.

Piensen algunos, como hizo Renán en el siglo pasado, que Jesús fue más un soñador galileo que un recio profeta de la humanidad, que —con su conducta— se comprometió totalmente y llevó a sus más extremas consecuencias sus propias convicciones. Convicciones, por otro lado, que no eran de paja o de melindres, sino de fermento revolucionario de la estática masa en que nos convertimos fácilmente los hombres por la opresión de los demás o por el conformismo cómodo de uno mismo.

Me interpelaba este joven amigo tudelano queriendo saber mi opinión sobre la necesidad, o no necesidad, del odio contra los injustos. En su opinión, «Che» Guevara lo tuvo en aquella sociedad llena de injusticias que vivió en América del Sur.

Mi contestación fue bien sencilla, aunque demasiado breve quizá. Ahora quiero exponerla con detalle porque rebasa el ámbito de una pequeña anécdota.

Yo pienso —como San Agustín— que hay que odiar el pecado, pero no al pecador. Hay que odiar la injusticia, pero no al injusto. A la persona del enemigo —y, ¿qué es el injusto, sino el mayor enemigo del hombre?— hay que amarla.

Esta es la actitud del creyente. Pero, ¡cuidado!, tengamos calma para entender lo que el cristianismo quiere decir, porque quizá —con distintas palabras— estamos queriendo expresar cosas muy parecidas.

Antes de nuestra guerra civil, hasta los católicos moderados se plantearon una cuestión muy parecida. Haciendo pregunta tras pregunta, llegaron a pensar que un cristiano podía —en último extremo— desear la muerte del injusto. «Los moralistas decían: deseando la salvación de la persona, "se puede desear la muerte de uno que está haciendo daño injustamente a otros"» (P. Vilariño, S. J.).

Este es el caso extremo que entonces se planteaba; y por eso —con mayor razón— podemos decir que luchar por la justicia denodadamente, luchar contra todas las actitudes injustas de una persona, no es odiar a esa persona, en lo que tiene de personal, sino odiar lo negativo que vemos en ella. Y eso es bueno, y no malo.

«Por la caridad amamos a los pecadores; pero no por eso queriendo lo que quieren y aceptando sus placeres y ventajas, sino haciendo porque quieran lo que queremos nosotros y aquello que nos satisface» (Santo Tomás, S. T. II-II q. 25, a. 6). A los que cometen la injusticia por tanto, «a causa del pecado, hay que odiarles; pues debemos odiar, en los pecadores, lo que les hace tales» (ídem).

No sería pecaminoso en el buen cristiano más que «el odio de enemistad que va contra la persona misma»; pero no lo es, ni mucho menos, «el odio de abominación que se refiere a sus malas cualidades o a la persona, en cuanto resulta perjudicial» («Compendio de Teología Moral», A. M. Arregui, S. J.). Odiar la persona es básicamente no respetar su dignidad ni sus derechos fundamentales; pero evitar este odio no es ser débiles con sus injusticias, ni permitirle perjudicar socialmente a los demás.

¿Es entonces esta moral del catolicismo —me pregunto yo— una moral amarillista?

Jesús llegó a emplear esta dura palabra —odiar— cuando los familiares se oponían a la entrega heroica en pro del Evangelio, de la difusión del mensaje de amor al pueblo y para el pueblo: «Si alguno viene a Mi y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, y aun también a su propia vida, no puede ser discípulo mío» (Lucas XIV, 26, trad. Straubinger).

Jesús, con su vida, nos dijo lo que quería que se entendiese a través de sus palabras pacíficas y engendradoras de paz del Sermón del Monte.

A los mercaderes del templo los echó duramente de él porque traficaban injustamente. Lo cual parece indicar —según me comentaba un amigo católico— que su afán pacificador tiene un límite, que queda traspasado por aquellos que mantienen cualquier estructura económico-social radicalmente injusta, y lo que es peor, valiéndose de la religión.

Cuando todo el mundo esperaba que Jesús pondría la otra mejilla —porque él mismo lo había dicho—, increpó al que le abofeteaba, descubriéndole la injusticia que cometía, ante los juzgadores.

A los opresores del pueblo, que eran los fariseos con sus exigencias y privilegios religiosos, les increpaba sin eufemismos; y no tuvo inconveniente en acelerar el desenlace dramático de su vida, evitando en sus últimos tiempos las palabras diplomáticas con los dirigentes espirituales de Israel, a pesar de saber que con ello apresuraba su final.

El profeta Ezequiel incriminaba a los dirigentes y privilegiados espirituales y civiles de su tiempo (a los pastores, dice él) por la tiranía que ejercían sobre Israel, prefiriendo su ventaja personal egoísta al bien común. «Que venga la desgracia sobre los pastores de Israel, porque se apacientan a sí mismos... No habéis fortificado a los débiles... Los habéis regido con violencia y dureza... Mi rebaño se ha dispersado (no se ha formado un pueblo consciente y digno, sino una masa gregaria) y nadie se ocupa de él» (Ezequiel XXXIV, 2-6).

Ahora que queremos los católicos de todo el universo ser pueblo y no masa, ¡qué advertencia a los pastores que dicen pero no hacen casi nada por esa transformación necesaria, porque no queremos ser por más tiempo autómatas en la Iglesia!

La situación del Tercer Mundo y, en general, cualquier amplia y radical injusticia que tenga sus características, hizo exclamar a Monseñor Poupard —de la Secretaría del Papa— el verano pasado: «La Populorum Progressio es un grito de angustia que recuerda a los hombres sus responsabilidades. Denuncia una miseria inmerecida y protesta contra el escándalo de las diferencias sociales, que son la causa de las insurrecciones revolucionarias» («ABC», 1 septiembre 1967).

Porque cuando ocurre esa reacción límite, que el Papa acepta con dolor en la Populorum Progressio, «en el caso de tiranía evidente y prolongada», la doctrina católica tradicional es que entonces «si alguno es rebelde, es quien tiraniza» (Santo Tomás, S. T. II-II q. 12, a. 1), sea éste un poderoso del dinero o de la opresión mental o física.

Y, sin embargo, ese cristianismo es no-violento, porque aborrece todo género de opresión, de sangre derramada, de injusticia —todo eso es la violencia—; pero no por eso deja de luchar, con toda energía, por una mayor justicia.

«El gran escándalo de nuestro tiempo —dice Mons. Poupard— son las revoluciones de los pueblos hambrientos contra un mundo cristiano dormido en su bienestar y prosperidad». Hambrientos no sólo de pan, sino preferentemente de justicia, de desarrollo y de dignidad humana.

La lástima, la única lástima, es que «los católicos no son el catolicismo» (J. Maritain, «Religion et Culture»).